

## Lucas: La huella de la madre

**Martha Stornaiuolo C.**

He tenido la suerte de conocer el trabajo "La virtud del combatiente" en su proceso de gestación (uso el término intencionalmente) en manos de sus autoras: Ruth Kristal de Burstein y Mari Carmen Raffo. El trabajo me gustó y me hizo reflexionar; en él las autoras postulan la existencia de un tipo de vínculo temprano que troquela en el infante la apuesta por la vida y el fomento de la misma.

Al cabo de poco tiempo la práctica terapéutica en la institución que nos congrega - tanto a ellas como a mí- me brindó la posibilidad de recabar una viñeta que, me parece, da cuenta de la naturaleza del vínculo al que en su trabajo aluden. No es a propósito de una mujer, es a través del hijo varón de ella que se entrevé su huella. Les alcanzo esta viñeta con la invitación a un comentario, si les parece interesante, si ilustra de alguna manera lo que plantean en su trabajo.

Ruth Kristal de Burstein, Mari Carmen Raffo, y yo, formamos parte de un equipo de trece psicoterapeutas que atendemos a personas que han sufrido los estragos de la violencia política en Perú; recibimos, en ese marco institucional que compartimos, personas de diferente procedencia cuya característica común es esa, y es en ese contexto que conozco a Lucas.

No es ésta una presentación completa del personaje, de su historia y configuración familiar e intrapsíquica; sólo he querido focalizarme en algunos puntos de su relato; estas líneas no dan cuenta de un momento de un proceso terapéutico de largo aliento, lo dicho por este paciente, sin duda, puede oírse desde múltiples niveles y perspectivas, e igualmente, las intervenciones de su terapeuta podrían ser hechas desde varios ángulos.

Lucas es un hombre de mediana edad, 45 años, que ha ejercido un cargo de liderazgo que no ha sido de índole política pero, por su poder de convocatoria, resultaba un reclutamiento atractivo para quienes sí se desempeñaban en ese ámbito y, por su quehacer, tenía necesariamente conocimiento de esos personajes y contacto con ellos. Por no acceder a demandas de afiliación y por su potencial peligrosidad como adversario, fue objeto de un criminal ataque que por muy poco no acabó con su vida.

Desde un primer momento supe que mi intervención iba a ser muy breve, tanto el motivo de su consulta, que era puntual, como el tipo de hombre (un self-made man, autosuficiente), no mostraban un personaje dispuesto para un trabajo terapéutico de largo tiempo.

Desde su presentación, en la primera entrevista, Lucas relata que, años atrás, en una provincia, en las inmediaciones de su domicilio, personas que él conoce le dispararon desde muy cerca varios tiros de revólver, le impactaron tres, uno en la pierna, otro rozó el cráneo, un tercero le destrozó un amplio sector de la cara. Quedó en el piso, en un charco de sangre, inmóvil y consciente, sabiendo que si daba muestras de vida, otros proyectiles lo rematarían. Al cabo de un rato, cuando los agresores habían fugado, pidió ayuda. Al percatarse de que aún vivía, quienes estaban a su alrededor lo llevan de emergencia a un centro médico, con muy pocas esperanzas de que superara el trance.

Lucas cuenta la experiencia en forma vívida, con mucha lucidez y con resentimiento. Observo una gesticulación peculiar: la mano está cerrada, salvo el índice y el pulgar, lo que me sugiere un arma de fuego. En la tercera cita le hago notar ese gesto, él dice que es algo habitual al hablar, le resta importancia, insisto en que no todo el mundo acompaña su discurso con un gesto así. Ante esto Lucas comenta que, en efecto, él había tenido un arma "de poco calibre y con intención disuasiva", pero dejó de portarla porque le dicen que su verdadera protección son las dos dirigentas que solían acompañarlo. Con respecto al arma, al ocurrir el atentado, quienes entraron a su casa se la llevaron; agrega que no quiso denunciar el ataque porque, conociendo a los perpetradores, deseaba venganza.

Estuvo entre la vida y la muerte un par de días, los médicos, dice, le daban muy pocas posibilidades y sólo le administraban suero intravenoso, de su cuerpo salían "ríos de sangre", "ya no le quedaba sangre en el cuerpo", solo el suero que ingresaba; a su lado otros pacientes morían y él, lúcido, se percataba de ello. La segunda noche se forzó a no ceder al deseo de cerrar los ojos porque sentía que, si lo hacía, no los volvería a abrir. En su deseo de vivir, la intención de vengarse fue un factor importante.

Esa noche fue crucial, decidido y rabioso, al amanecer se quitó el suero, o hizo que lo hiciera una enfermera a quien solicitó "dos téis calientes", ella se los trajo (¿sabrá el papel que jugó en ese momento?). Al cabo de un rato llegó su esposa, a ella le pide que le traiga pollo; desconcertada, la señora le trae un pollo a la brasa y, pese a su herida, que comprometía seriamente la mandíbula, él se puso a comer porque "ya no tenía sangre en el cuerpo" y "tenía que reponerla". Con posterioridad a esa ingesta, en vista del estado de su boca, se alimenta con "papillas" por un tiempo, pero fueron esos dos téis los que considera que le salvaron la vida.

Esos téis a mí me quedaron resonando, té – té... sonaba a "tetero" y, por supuesto, a "teta". Le comento que su relato hace pensar en un volver a nacer y dejar de alimentarse por un "tubo", por un "cordón", esos dos té, tan parecido a "tú", y había varios "tús" apoyándolo... que era como si rehiciera un camino desde la primera infancia. Pregunto si acaso le han contado acerca de esa época. Lucas me responde que no, que su mamá era muy reconocida en la localidad, que no era muy cariñosa pero sí era fuerte; ella era partera y había ayudado a nacer a la mayoría de los muchachos de la localidad, era bondadosa pero no "suave", años después podía propinar vigorosos chicotazos a esos niños (ya hombres) si le alborotaban en la puerta pero, cuando nacían y veía que las madres carecían de dinero, que sólo tenían "tecito" para el puerperio, decía: "pobres, no tienen..." y no les cobraba la atención.

En relación a su madre cuenta que cuando, ya viejita, ella enfermó para morir, fue él quien la cuidó, ya pesaba sólo 20 kilos, estaba muy adolorida. Dice Lucas que siempre se ha sentido culpable porque en ese trance final, cuando ya la señora no se movilizaba y era él quien la atendía y transportaba en brazos para lo que hubiera menester, su mamá le pidió para beber un macerado de pisco que había preparado, estuvo tomándolo y falleció en el curso de horas.

Dado el limitado tiempo que anticipaba para el proceso, me pareció inadecuado permanecer en silencio o hacer algún tipo de señalamiento; Lucas estaba expresando (entre otras cosas) un pesar antiguo y un autoreproche atormentador. Reconocí su pena y le aseguré que de ninguna manera era él responsable, la señora ya estaba muy mal, sólo con 20 kilos, que lo más probable era que ese macerado tuviera un efecto analgésico, que

su mamá sabía de esas cosas. Lucas acoge el comentario con alivio, en verdad, por su crianza y su ocupación, la mamá conocía de remedios no tradicionales.

Se ausenta en las dos siguientes fechas, acude a la tercera y relata que ha estado de viaje, que por eso no concurrió a las citas; hace algunas referencias al viaje y a las actuales circunstancias de su cotidianeidad que limitan su despliegue, recuerda sus pasados éxitos, su coherencia con sus ideales y la lealtad que tuvo para quienes creyeron en él, tan diferente a la conducta de quienes, siendo conocidos, intentaron matarlo. Ahora, se encuentra limitado, no físicamente sino en otras posibilidades, “hay cosas que quisiera hacer y no puedo”. Le digo que el contraste entre el ayer y el hoy debe ser motivo de cólera para él, también contra los causantes de esas limitaciones. Lucas responde que cuando salió del hospital “...tenía mucha cólera y ganas de venganza, ya menos, quería salir a matarlos, sé quiénes son, a uno lo he visto y se esconde...”. Le comento que son muy comprensibles esa cólera y ese deseo, tras tanto maltrato, casi muere, lo han querido matar, pero -le digo- ¿qué se estaría haciendo a sí mismo si lo hace?. Lucas dice que “cargaría con ello toda la vida”, y yo: “... me contaba la vez pasada acerca del quehacer de su mamá, de su afán por esas vidas que nacían; y usted mismo, tantos años defendiendo y apoyando personas, es una trayectoria de años...”. Lucas comenta que él, antes, no hablaba con nadie de sus ideas de venganza, ahora son menos... Y con ello se nos acaba el tiempo de sesión, y también concluye la intervención, puesto que sólo lo volví a ver en la institución al cabo de varias semanas, pero ahora interesado en que se le ayude en asuntos de salud física. Le digo que se sienta en libertad de solicitar una nueva cita cuando lo desee.

Reconozco la existencia en él de una inmensa rabia no cabalmente disipada; también me doy cuenta de que, tras esa preocupación por las circunstancias de la muerte de la madre, el cuestionamiento por el efecto de eso que se da y se recibe, así como la carga de ambivalencia, son muy grandes, pero, en la lucha de Lucas por la sobrevivencia, tal como me la mostró en su relato, en la no consumación de la venganza, en su actividad dirigencial (no exenta de una buena dosis de narcisismo), en su cuidado de la madre enferma, incluso en la culpa que experimenta luego de su muerte, me parece reconocer esa “Virtud del combatiente” de la que hablan las colegas, transmitida desde lo más íntimo hacia lo más íntimo, sin palabras, con toda la complejidad y fuerza de las entrecruzadas corrientes pulsionales que nos habitan.